

---

—Marchaos, marchaos tranquila monina mía y creed que esa mosquita roja de que me habéis hablado no es, ni ha sido nunca atributo masculino.

---

## JUSTICIA DEL AMOR

~~~~~  
XXXI

Aquella noche dos mujeres lloraban al mismo tiempo y por idéntica causa.

Alejadas completamente, desconocidas, viviendo la una en la peor bohardilla del barrio de Santa Margarita, y la otra en el más lindo y elegante hotel de la avenida del bosque.

En nada se parecían; la primera extraordinariamente pobre, y la segunda fabulosamente rica, poseyendo además ésta toda la belleza de las

flores que abren sus pétalos en elegantes jarrones del Japón, y aquella la horrible fealdad de un ramo marchito y arrojado á la calle en la espuerta de la basura.

Había además entre ellas otra diferencia, y era, que Margarita, mendigaba por los *boulevares*, desde anochecido, para poder tener con que pagar á su amante — un rufián desalmado — vasos de cerveza, mientras que la baronesa Elena, iba voluntariamente casi todos los días con dos ó tres gomosos á llevar limosnas á los pobres necesitados.

La irónica Providencia se complace en estas desigualdes; por una parte todo el esplendor posible, la hermosura, las sonrisas, el orgullo de agradar á todos, por otra la fealdad,

la miseria, la horrible desesperación de implorar, traducida en gestos de cólera impotente.

Pero aquella noche, Margarita y Elena, tan distantes la una de la otra, lloraban al mismo tiempo.

Margarita derramaba abundantes lágrimas porque el ladrón ó asesino á quien ella amaba con locura, no venía, á pesar de ser las tres de la madrugada, al frío y al triste chiribitil donde la joven, sentada sobre un jergón tísico, le aguardaba impaciente.

¡Oh! sin duda se había entretenido con alguna mujerzuela más fresca ó mejor vestida que ella, en un hotel bien decorado con cortinas en las ventanas y donde cuesta seis reales la hora.

Elena lloraba, porque el elegante

y delicado caballero á quien desde hacía tres meses amaba, no usaba aquella noche el permiso que le había concedido de penetrar en su alcoba, entrando en el hotel por la puerta del jardín.

Estaba sin duda el ingrato en el *boudoir* de alguna *cocotte* bebiendo champagne en riquísimas copas de cristal de Bohemia, que semejaran un lirio recién abierto á las caricias del rocío de la mañana, ó bien estaría locamente enamorado—porque los hombres son unos imbéciles—de aquella bailarina de las *Folies-Bergere*, que con las mallas demasiado estrechas para el volumen de sus formas y la ligera falda de gasa hueca, como inflamada por el ambiente luminoso del escenario, le había dirigido

dos ó tres miradas apasionadas. ¡Ah! infame.

Sea como quiera, el elegante joven no pareció, y Elena, deseosa de ardientes caricias, pasó toda la noche sollozando, con sus negros cabellos esparcidos sobre los blancos encajes de su camisa.

Pero ¡ah! que no ocurría lo mismo en el sucio y desabrigado chiribitil; el ladrón, el desalmado, llegó por último, con el sombrero en la coronilla, sucio, apestando á borracho, horrible en una palabra, y cogiendo con sus largos brazos de orangután á la joven la besó en la boca, mientras ella, que pocos momentos antes derramaba lágrimas, reía ahora, feliz, contenta y satisfecha, por tener junto á sí á su amante.

Porque el amor, el justo amor, hace feliz á la desgraciada mendiga, mientras que sume en la más negra desesperación á la opulenta señora.

---

## EL ANGEL DE LA GUARDA

---

XXXII

La marquesa Lise de Belvelise, se encontraba indecisa, y no sabía por que resolverse.

Había prometido el día anterior á una pobre familia, llevarle el consuelo de la limosna, y á Mr. de Marciac ir á almorzar con él á la misma hora, al bonito entresuelo que el galante caballero había alquilado, solamente para estas citas misteriosas, en una casa de buen aspecto de la calle de *Aboukir*, encima de un almacén de

juguetes, y ella deseaba mejor asistir á la habitación adonde se respiraría el delicado perfume del ylang ylang, que al tabuco miserable donde sólo existen olores á tisana y medicinas.

¿Cómo saldría del apuro?

Hubiera podido fijar horas distintas, tanto á Mr. de Marciac como á la pobre familia, pero no se le ocurrió, y precisamente tenía que resolverse ahora entre la visita amorosa y la visita caritativa. ¡Horrible alternativa!

Salió á pie por no dar las señas al cochero y envuelta en su abrigo de piel de nutria, el velillo caído sobre el rostro y cubriéndose la boca con el manguito, marchaba temblorosa, sin dirección fija y atormentada por la duda.

Es verdaderamente muy hermoso

hacer obras de caridad, las sonrisas de agradecimiento de los socorridos, es la más dulce recompensa á las molestias de las largas escaleras subidas en los domicilios de obreros.

Pero también es muy agradable sentirse abrazada en el dintel de la puerta por un amante lleno de entusiasmo, y luego, á los postres, cuando la segunda botella del espumoso champagne, está vacía sobre la mesa, colocada entre la chimenea y la cama, sentirse los pies desnudos, acariciados por el grato calor de la llama, y en las espaldas al aire, apoyadas en el edredón, los voluptuosos besos de unos labios queridos donde la humedad y el placer se mezclan con los vapores del vino.

¡Y qué encantador es Mr. de Mar-

ciac! Jamás hombre alguno se mostró tan cariñoso con una mujer.

¡Tenía una manera de mirar á su amiga, de acariciarla, soplándola débilmente los parpados medio cerrados, el cuello, los rizos de la frente, abrazándola con locura, haciéndole sentir dulcísimos desvanecimientos de placer suficientes para provocar una adorable turbación en la más virtuosa doncella!

Luego volviendo bruscamente el orden de sus pensamientos.—No, no iré—se decía, puesto que he jurado ir á casa de esa familia á socorrer su desgracia, sabré hacer la dicha de los demás sacrificando la mía si es preciso.

¡Era sublime su abnegación!

Subió á un coche de punto, dió al

cochero las señas de la casa de la familia indigente, y algunos momentos después entraba en la habitación con cara risueña, demostrando esa serenidad que sólo da la satisfacción del deber cumplido.

¡Qué contento se puso el ángel guardián de Madame de Belvelise!

No soltéis la carcajada espíritus incrédulos y excépticos, existen ángeles guardianes en los tiempos presentes, que velan por las jóvenes, abriendo sobre ellas sus alas protectoras. Y no están solamente entre los pliegues de las cortinas de los conventos y sobre las camas de las colegialas, si no que también acompañan á las señoras del gran mundo, sin abandonarlas un momento.

Las siguen por la mañana al bos-

que, á casa de las modistas, á los teatros y cafés, y hasta á los bailes, siempre junto á la persona á quien desean proteger.

Por las noches, esclavos del deseo de la mujer, no suben al lecho, si no que permanecen junto á la cabecera velando el sueño, y cuando advierten allá en los misterios de la alcoba la compañía de algún amigo, los ángeles encuentran á los pies de la cama un pliegue de muselina donde esconderse prudentemente.

Entró Madame de Belvelise en la miserable bohardilla, y detrás su ángel de la guarda; contento, feliz satisfecho, prometiéndose recomendarla eficazmente á la Providencia, dispensadora de las recompensas merecidas.

La hermosa señora, se mostró

buena y caritativa como nadie; colocó sin decir palabra gran cantidad de monedas de oro, en el rincón más oculto del cuarto, y preguntó si había vino de Burdeos para la abuela, y tisana para la niña que estaba acatarrada, prometiéndoles la visita de un buen médico.

Hizo más, cogió una silla rota y desvencijada, y como si estuviera en su propia casa, se sentó entre la familia admirada, repartiendo caricias y bombones á los chicos; después escuchó con vivo interés el relato de la enfermedad de la anciana, inclinándose con los ojos preñados de lágrimas sobre la cuna de un niño desnudo y aterido de frío como un pajarillo sin plumas.

Ya no pensaba en Mr. de Marciac.

¡Ah! cuántos motivos tenía el ángel de la guarda para estar satisfecho.

Preguntó al tierno niño que es lo que deseaba, para traérselo en el acto.

—Yo querría—respondió la criaturita—un polichinela vestido de raso y oro.

Exigía poco el angelito, ella le enviaría todos cuantos quisiera.

Y no creáis que á la hora de haber salido de la bohardilla olvidaba su promesa, no; Lise, dió orden al cochero de parar delante de cualquier almacén de juguetes.

La alegría de hacer un bien y la esperanza de continuar haciéndolo, le llenaban el corazón de contento.

Estaba tan pura y tan sublime en aquellos momentos, que ya no recordaba que existía en el mundo un jo-

ven de hermosa figura llamado Mr. de Marciac.

Mientras el coche rodaba, formó los más sanos y honrados proyectos. —¿No tengo un marido?—se decía—pues bien, le amaré ó procuraré amarle.

Renunciaré al mundo consagrándome por entero á las obras de caridad.

¡Qué hermosa y noble vida!

¿Qué dicha es comparable á la de ser bendecida por las viudas y los huérfanos?

El carruaje se detuvo delante de un almacén de juguetes.

Entró la marquesa en la tienda y compró cuatro polichinelas, pastores, borreguitos y una cocina con cien cacerolas, y después de entregar el im-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO HAYES"

Cada. 1625 MONTREY, MEXICO



porte, mandó llevarlo todo al pobre niño de la bohardilla.

Al salir, se volvió instintivamente para mirar la fachada, enrojeciendo al reconocer aquella casa adonde Mr. de Marciac había alquilado un cuarto para recibir las visitas de la hermosa Lise de Belvelise.

¡Qué rara coincidencia!

Pero ¡ah! que no fué la casualidad sino la Providencia, dispensadora de las recompensas merecidas, la que había conducido hasta allí al cochero.

Lise, no pudo contenerse, la curiosidad de saber si su amante la aguardaba aún, la hizo subir rápidamente las escaleras.

¡Oh! sí, la aguardaba, abrazándola en el mismo dintel de la puerta. ¡Qué

exquisita fué la dulzura de esta primera caricia!

Después... oculto el ángel de la guarda en un pliegue de la blanca muselina de la cama, no recriminó— aunque se encontraba un poco escandalizado— á la bella marquesa por su largo y múltiple pecado, comprendiendo que tenía bien merecidas las caricias de que gozaba.

